

UNAMUNO, EN BILBAO



9-9
22

LEGADO DE D. MANUEL GARCIA BLANCO

Un discurso en la Sociedad "El Sitio"

Desde mi Bilbao

He venido, al cabo de cuatro años de ausencia, a esta mi Bilbao nativa, en busca de viejos y frescos recuerdos de niñez y de mocedad y a templatizar la emoción liberal de mi espíritu, aquí, donde comulgué con mis mayores en liberalismo. Y digo esta mi Bilbao nativa, y no este mi Bilbao nativo, haciéndolo femenino, porque tal es la tradición más antigua de la villa. A su barrio primitivo se le llamaba Bilbao la Vieja, no el Viejo. Bilbao es madre, y el padre es el Nervión, que por otra significativa coincidencia es río, ya que recibe la marea del mar y las sales de éste, y no río.

He venido a mi nativa villa mercantil, a la que recibía productos de todo el orbe, y con ellos el espíritu de libertad de conciencia, de libertad de comercio—entre otras cosas, de ideas—, de libertad civil, a ver si ese espíritu, si el espíritu liberal no está, como creen muchos, agonizando en España. Y he venido, además, a atizar el rescoldo de ese espíritu, a despertarlo.

Recuérdese que Bilbao ha sido la principal fortaleza del Partido Socialista Obrero Español; que era aquí, en Bilbao, donde por mucho tiempo obtenía votos para diputado a las Cortes de la nación el viejo admirable luchador Pablo Iglesias, ese hombre titánico educador de muchedumbres. Y recuérdese que por mucho tiempo se ha creído que el Socialismo era antiliberal, que el Socialismo era la tiranía del Estado, la imposición de una tarea servil, la nivelación tiránica, la supresión del ciudadano. Pero la historia que estamos viviendo se ha encargado de poner en claro que es en el seno de las Asociaciones socialistas, plenamente conscientes de lo que es, como

tiva, se había formado, merced a su pujanza mercantil, un núcleo de verdadera clase media, de verdadera burguesía, liberal por lo tanto. Y toda la historia de esta mi villa ha sido la historia del espíritu liberal, ciudadano—o si se quiere villano—, contra el espíritu rebañero y rural, contra el espíritu de cofradía aldeana. No han tenido otra significación aquí las guerras civiles.

El desarrollo industrial trajo el Socialismo a Bilbao; pero así como la industria bilbaína se formó y desarrolló en un suelo espiritualmente mercantilista, así este Socialismo se ha formado y desarrollado en un suelo espiritualmente liberal, en un suelo del espíritu que es adverso a cualquier forma de dictadura y a cualquier forma de dogmatismo.

De donde saco la esperanza de que ese que llaman el nuevo liberalismo, y no es sino el antiguo, el de siempre, el del mercantilismo manchesteriano, de que sacó Marx, por el método hegeliano de las contradicciones concordantes, su doctrina, el liberalismo de la Revolución francesa, el liberalismo socialista—el de Proudhon—, sea aquí, en esta Bilbao, donde tenga en España su principal fortaleza. Dejando a turbios comunismos que simpaticen y hasta colaboren con pequeños regionalismos y localismos de raigambre aldeana.

Miguel DE UNAMUNO

El discurso

Reproducimos íntegro de *El Liberal*, de Bilbao, el siguiente discurso que don Miguel de Unamuno ha pronunciado en la Sociedad «El Sitio», de aquella capital:

LA TRIBUNA DE «EL SITIO»

Señoras y señores; amigos y conciosos: Vuelvo otra vez a dirigiros la palabra desde esta tribuna, mariposa

del bombardeo, que pasé en esta villa y que todavía tengo mucho más presente que las cosas de ayer (me figuro que se me olvidará difícilmente el día 2 de mayo de 1874;

recuerdo que a raíz de aquello oí a un viejo liberal de aquellos de aquellos sin doctrina, casi sin programa: «Aunque todos los bilbaínos, «bilbaínos», se hagan carlistas, Bilbao seguirá siendo liberal.» Este hombre sentía como el liberalismo va unido a la Historia, al desarrollo, a la significación de la vida mercantil del Nervión.

Eran las postrimerías de la Edad Media cuando iba pasando gran parte de España, y esta tierra nuestra sobre todo, de un antiguo régimen social y económico a otro régimen moderno. Iba agonizando aquello que podríamos llamar una concepción rural, en otro sentido pagana, de aquellos aldeanos que, encerrados en sus caseríos, colocados cada uno de ellos en el centro de la tierra que labraban, era dominio con hogar central, pues podían hasta cierto punto bastarse a sí mismos. Eran unos pequeños Robinsones; cultivaban las tierras, mantenían sus ganados, algunas veces recogían lino que hilaban en sus propias casas, se vestían, se arreglaban sus carros.

LOS ALDEANOS CONTRA LOS FRANCOS

Pero, ¡claro!, la vida económica fué haciéndose más compleja. Empezaron a nacer oficios, vino la necesidad del cambio, y, al mismo tiempo, el desarrollo del numerario, y, con él, de la riqueza mueble por diferencia de la inmueble. Y entonces ocurrió lo que hasta aquella época: que cuando

jedores de Segovia, por ejemplo; eran los pelaires en otro pueblo; eran los mercaderes también del centro, los que lucharon

Cuando murió el príncipe don Juan, el hijo de los reyes católicos—murió en Salamanca—, desapareció la posibilidad de una dinastía genuinamente española.

En aquella época, y con la lucha de las Comunidades, venció el emperador, y se convirtió casi toda España en un vasto campo, de donde luego sacó soldados para llevarlos como Tercios a Flandes para llevarlos a la América más tarde. Era la época en que la Reforma, hija del Renacimiento, movimiento ciudadano, anticampesino, antirural, es decir, antipagano (pagano y aldeano significa lo mismo); era la época en que la Reforma, hija del Renacimiento, estaba renovando la conciencia europea; es decir, estaba haciendo nacer la conciencia individual, oponiéndola a aquella conciencia colectiva de la Edad Media en que el hombre quedaba completamente ahogado, bien en los gremios, otros en una corporación, otros en una clase, otros en un convento.

LA ESENCIA DEL LIBERALISMO

Y ved toda aquella lucha por la libertad civil, y es curioso, es curioso considerar que muchas veces defendían la libertad civil los que negaban la libertad absoluta del albedrío. Y es que creían que uno lleva la ley dentro, y, por consiguiente, que no hay por qué imponérsela desde fuera, que es la esencia de todo liberalismo. El liberalismo político no es ni ha sido llevado a lo civil mas que en una

rie de grandes señores, una especie de aristocracia, una nobleza, las quejas contra la cual se ven muy bien en los Cuadernos de agravios de la Revolución. Pero desde el momento en que los iguala a todos un rey absoluto, prepara el absolutismo de la colectividad, que es, después de todo, lo que vino a hacer la Revolución francesa.

ESPIRITU ALDEANO Y ESPIRITU CIUDADANO

Aquí, en España, también iba soplando el espíritu de la Revolución—todo el reinado de Carlos III no es otra cosa—; y llega por fin la revolución, o una oleada, un choque de la revolución, llega a nuestra España. Llegó cuando aquella lamentable escena con que acaba el reinado de Carlos IV y se prepara

Fernando VII.

Por ese tiempo, cuando iba la ola revolucionaria corriéndose hacia España; por ese tiempo se riñó aquí, en Vizcaya, una de las más bravas batallas de la aldeanería, de la gente rural, del infanzonado contra la villa, que fué la batalla de lo que se ha llamado «la zamacolada». Y es curioso que Zamácola fuera un afrancesado y, probablemente, un deseado. Fué el cabecilla y el representante del espíritu de los aldeanos.

Bilbao luchaba, como siempre, por lo que hoy llamaríamos una representación proporcional, porque estuviera representada, no la colectividad, sino la suma de sus individuos, por un principio perfectamente liberal, en el sentido que os he dicho de la Reforma, de poner sobre todo el valor de la individualidad.

En cambio, todas las anteiglesias, todos los demás, estaban contra la villa y querían otro sistema de representación que ahogaba continuamente los instintos ciudadanos y las necesidades ciudadanas, que son las necesidades del libre comercio y del trato con los pueblos de fuera. Los pequeños Robinsones no querían que se

dia. Y esa clase media, sostén en toda Europa del liberalismo histórico, del que pone por encima de todo los derechos individuales, la libre crítica, la opinión absolutamente libre: el de la libertad de comercio, lo mismo que con los productos con las ideas, esa clase media fué aquí bien pobre, bien triste y bien sumisa. Mas, a pesar de todo, esta lucha por esa clase que no existía, pero que quería existir, por esos que deseaban elevarse a una posición y a una organización análoga a la de la clase media de todo el resto de Europa, todo eso explica nuestras guerras del siglo XIX, que ha sido acaso el siglo más fecundo en la historia de España.

LAS GUERRAS CIVILES

Y en esas guerras, las del 33 al 40, esta villa fué la que ofreció el sentir de cada uno de sus hijos; esta villa sostuvo los principios de ese liberalismo; esta villa sostuvo los principios de los derechos de la individualidad, y estuvo luchando sin que muchos de los que lucharon supieran a ciencia cierta por qué estaban luchando. ¡Ah!, es que hay una especie de sentimientos subconscientes, algo que tiene más fuerza que los otros y que, a veces, le hacen uno querer, no lo que él cree que debe querer, sino realmente lo que debe querer, aunque él no lo crea.

EL PRIMER SITIO

Entonces hubo aquel primer sitio. Aquel primer sitio se debió a la testarudez de los campesinos vizcaínos, de las gentes del infanzonado, de tomar a Bilbao. ¡Era por necesidades estra-

El refugiado el viejo espíritu liberal. Es que la doctrina misma de Marx, sobre todo cuando no degeneraba en dogma—el dogmatismo es una degeneración—, no era acaso un desarrollo de la doctrina liberal económica, del liberalismo económico de la escuela de Manchester? ¿Es que Marx no procede de Ricardo?

Porque hay otro Socialismo—o pseudo Socialismo, si se quiere—; hay un Socialismo medievalista, ruralista, de gremios fósiles, de patronatos, de representación por clases y de cofradías, un Socialismo antiliberal.

En la derrota de Villalar, cuando sucumbió el espíritu de las Comunidades de Castilla, Comunidades de villanos, de ciudadanos, de burgueses, se alzó el poder imperial sobre los rebaños rústicos, sobre las masas de que se sacaban los tercios de Flandes y los demás mercenarios de la Contra Reforma.

Y como en España no ha habido burguesía, no ha habido verdadera clase media, o lo que se llamó el tercer Estado, por eso aquí no se concebía por muchos el Socialismo sino como algo reaccionario, antiliberal, medieval, y aunque anticatólico y hasta anticristiano, frailuno en el fondo. Cuando en rigor la verdadera obra del Socialismo era en España llevar a cabo la que la clase media ha llevado en la Europa de la Revolución: deshacer el dogma de la propiedad privada tiránica, el dogma rural del derecho de usar y abusar de los medios de producción el que se apodere una vez de ellos.

Pero aquí, en esta mi Bilbao na-

«Indiferentes», ha llamado Ribot a los que viven sin que se advierta su existencia. La sociedad piensa y siente por ellos. No tienen voz, sino eco. No hay líneas definidas ni en su propia sombra, que es apenas una penumbra. Cruzan el mundo a hurtadillas, temerosos de que alguien pueda reprocharles esa osadía de existir en vano, como contrabandistas de la vida.—JOSE IN-
GEGNIEROS.

no dirigida la palabra a un público fué aquí, en esta Sociedad de «El Sitio», y esta Sociedad de «El Sitio» puede decirse que fué mi primer hogar civil dentro del hogar de la villa. Aquí fué donde maduré largamente las enseñanzas de la Historia, no sólo leída, de la Historia vivida durante los años de mi infancia, preñada de recuerdos.

Se me ha invitado al mismo tiempo que a hablar en esta mi antigua casa, a hablar en el Círculo Socialista y en el Círculo Republicano. De buena gana hubiera hecho una sola cosa para los tres, y explicar lo que puede ser un liberalismo socialista y republicano, un Socialismo liberal y republicano y un republicanismo liberal y socialista, y en qué respectos estas cosas pueden concordarse y en qué respectos pueden diferenciarse. Pero puesto que esto no es posible, y si tengo tiempo y ánimos, que creo que sí, podré hablar en los otros dos sitios.

LO QUE SIGNIFICA EL LIBERALISMO

Quiero ahora explicaros lo que para mí, durante mi vida, no ya muy corta, significa el liberalismo. No es lo que os voy a decir nada doctrinalmente abstracto; es más bien algo histórico. Y me vais a permitir que la mayor parte del tiempo la emplee en desarrollos históricos. Porque la política es Historia, y la Historia tampoco es, fundamentalmente, más que política. Puede decirse que en la Historia lo que en una u otra forma no es política, es arqueología; es algo muerto. La Historia viva es otra cosa; es el esfuerzo constante del pasado por hacerse porvenir, de la tradición por hacerse progreso o por hacerse utopía.

Oí este nombre de liberal, cuando por primera vez lo oí, opuesto a un nombre muy concreto: al nombre de carlista, y lo oí en mi propio hogar. Y sonaba ese liberalismo doméstico con un cierto son que podríamos llamar religioso; iba unido a una cierta modalidad de sentir, de entender y hasta de practicar la religión aparentemente común a unos y a otros: a liberales y a no liberales. Llevaba consigo una cierta nota de sobriedad en ciertas manifestaciones puramente aparentes, litúrgicas, o que yo diría supersticiosas. Llevaba también aquel liberalismo una nota puritana, casi cuáquera, y cuando yo más tarde me percaté de aquella manera de sentir la religión común, la de la Iglesia oficial española, con un cierto tono, con una cierta modalidad, como os digo, puritana y cuáquera, comprendí, desde luego, qué había en el fondo de liberalismo y cómo el liberalismo político era un hijo de la Reforma.

UN RECUERDO HISTORICO

Y, ahora, vamos a hacer una breve excursión sobre esto. Poco después

Método quiere decir camino, y sólo se les ocurre rechazar el método, el camino, a los que creen que pueden ponerse de un salto en el término del viaje. Y ¡como si hubiese término! ¡Como si acabase en algún punto la conquista de la libertad y de la justicia, que hay que estar ganándolas y reganándolas día a día! ¡Como si se pudiera acabar alguna vez la Historia! ¡Como si se pudiese traer de una vez el paraíso terrenal, el reino de Dios, a la tierra!—MIGUEL DE UNAMUNO.

el rey de Castilla quería cobrar de algún modo tributos, venía y hacia una especie de «razzias», como se hacían en Marruecos; pero llegó un momento en que fué más cómodo para las necesidades del Estado convertir a las villas en las cuales residían los mercaderes, los francos, convertir a las villas en una especie de alambiques, que reducían la riqueza del campo, en especie, a riqueza en numerario; cobrar los impuestos en las villas y darles a éstas una cierta jurisdicción, un cierto dominio sobre las tierras llanas o el infanzonado, para que el mercado se ejerciera en ellas y cobraran derechos por hacer mercado.

Y entonces nació una lucha, no como se suele decir otras veces, sino más bien entre el rey por una parte, apoyado en los mercaderes, en los francos, en las gentes de las villas, en los villanos, contra los grandes señores o pequeños señores territoriales, los jefes de las banderías, los banderizos, que se apoyaban en la aldeanería, en las gentes de los campos, en las gentes del infanzonado. Y de entonces ya arranca la lucha, que continúa todavía.

El instinto aldeano, el instinto del hombre que sirve o es criado del señor de la tierra, del que está pegado al terruño, es un instinto en cierto modo igualitario, a las veces demagógico, no democrático, pero, desde luego, no liberal. El liberalismo nació principalmente en el espíritu de los mercaderes, en las gentes que ponían la riqueza en numerario, la riqueza inmueble que les traían y llevaban, sobre la riqueza de la tierra. Y esta es toda la lucha que ha constituido la Historia constante de esta nuestra tierra. Constantemente ha sido una lucha de las anteiglesias, a veces de las pequeñas villas, contra la villa del Nervión, que era la villa mercadera, que era el puerto de Castilla desde la Edad Media, y aun posteriormente, por donde entraban y salían y se recibían, con la sal de las mareas, sales del mundo todo, y con todo el mundo se relacionaba.

LOS COMUNEROS DE CASTILLA

Juntamente con esto hubo, poco después, cuando esta lucha se entabló en Castilla, la lucha de las Comunidades. Y la lucha de las Comunidades castellanas fué una cosa análoga. Eran los villanos, eran los te-

extensión del liberalismo de la Reforma, que estableció el principio de libre examen, hizo nacer la conciencia individual y puso al hombre cara a cara con Dios, sin medianeros de ninguna clase, sin revendedores de la gracia divina. (Ovación.)

Y ved cómo aquellos hombres que negaban, ya digo, esa libertad, sostenían, por otra parte, la libertad civil. También este movimiento tuvo alguna repercusión en este país vasco. También en el país vasco se infiltró el principio de la Reforma. También aquí hubo hugonotes, y la otra tarde recordaba a aquel Juan de Lizarraga, que fué el primero que trajo los Evangelios al vascuence.

EL COMERCIO DE PRODUCTOS Y DE IDEAS

Iba desarrollándose este espíritu liberal de libre examen, primero religioso, después civil, de libre crítica, más bien que en esta tierra, en los puntos de esta tierra que tenían, por sus relaciones mercantiles, una conexión con el resto del mundo culto. Aquí, por ejemplo, se podría (no es cosa de entrar en estas historias; nos llevaría muy lejos) demostrar cómo ese espíritu palpitaba en esta hija del Nervión, aun a pesar de sus mismos habitantes. Es que no se puede comerciar libremente en productos de manufactura sin comerciar también libremente en ideas y en sentimientos. No es posible tener relaciones con las gentes de otras creencias, de otro régimen político, sin tener una amplitud, una cierta amplitud también de espíritu. No es posible romper aduanas mercantiles y mantener aduanas religiosas o aduanas políticas. Es absolutamente imposible. ¡Muy bien, muy bien!

En tanto, en toda Europa, por ahí fuera, iba marchando todo el proceso que lleva desde la Reforma, hija del Renacimiento, a la Revolución francesa. Todo el proceso de concentración del Poder en Francia, sobre todo con los Borbones o los Capetos franceses, no era mas que una preparación de la Revolución francesa. Desde el momento en que Luis XIV —acaso el rey más revolucionario, sin quererlo, que haya habido—; desde el momento en que Luis XIV dice: «El Estado soy yo», prepara el que mañana el Estado diga: «El rey soy yo.» El tránsito era perfectamente claro. Hasta entonces, el Estado no era individual. El Estado era una se-

rara su tranquila marcha. Y es curioso. De ahí se llamó malos españoles a aquellos afrancesados. ¡Habría que ver qué es ser buen español y mal español! Así, los mejores españoles podrían llegar a ser los que sostuvieran la tradición más antigua: la de las Cuevas de Altamira, que es la tradición troglodítica. (Risas.)

Y es curioso que cuando vino aquí el que se llamó el rey intruso, aquel José Napoleón, de los seis ministros que tuvo dos fueron de aquí, de Bilbao: Urquijo y Mazarredo.

LA OBRA DE LAS CORTES DE CADIZ

Y nacieron para toda España, y como para toda España también para esto, nació toda aquella obra de las Cortes de Cádiz, que es la obra de la revolución en España. Aquellas Cortes que fraguaron una Constitución que llegó a ser una especie de fetiche casi, a la cual en un tiempo se le rindió un culto casi religioso, que llegó a constituir para generaciones españolas de quienes hoy mucha gente se sonríe, llegó a constituir la Constitución algo así como una diosa, como una entidad ideal, y que apenas si se podía concebir encarnada aquí en la tierra.

Por esa Constitución, o por otra, por tener una Constitución, una garantía escrita, votada y discutida públicamente por todos, que atara lo mismo al rey que a los vasallos, por tener un principio que sujetara y que, en un caso dado, impidiera hasta el dominio de la mayoría, por esa Constitución perecieron muchas gentes, y por eso hace poco, un siglo, murió, es decir, fué asesinado en Madrid, el pobre Riego. Y era el anhelo de poner a salvo y sobre todo los derechos individuales, la intangibilidad de la conciencia de cada uno, que, vuelvo a repetir otra vez, pasó al orden civil del orden religioso en que lo había establecido la Reforma.

Y también aquí se quiso quitar cierto carácter a los medianeros; también aquí se quiso acabar con una especie de sacerdocio político, y que, así como en la Reforma cada uno es su propio sacerdote, cada ciudadano pudiera, en un momento dado, representarse a todos los demás y hasta representarse a sí mismo. Y esto, en un país como España, donde la base de toda esta concepción de la vida, donde la base y todo este modo de sentir la política y la Historia tenía un muy pobre sostén. Porque aquí no ha habido clase media.

Se habla de burguesía y se habla de clase media. En España, si se exceptúa muy pequeñas regiones, algo de Cataluña, aquí, gracias al movimiento mercantil, no ha habido clase media.

Eso no ha sido nunca clase me-

sa definitiva para el triunfo de la causa carlista, de aquel primer Carlos V? No. Zumalacárregui veía más claro. No era, fundamentalmente, mas que un estratega; no era un guerrero; veía las cosas desde el punto de vista estrictamente militar, y sabía que era un empeño un poco baldío el empeñarse en tomar a Bilbao; pero es que para las masas carlistas de entonces acaso terminaba todo con tomar a la villa. Les interesaba mucho más tomar a Bilbao que tomar a Madrid. Yo creo si llegan a tomar a Bilbao y establecen aquí un pequeño reino, no se preocupan para nada de sentarle en el reino de Castilla o de España a Carlos V. De eso se hubieran ocupado los demás, los carlistas castellanos. Los de aquí, no. (Risas.)

Y terminó aquella guerra con el abrazo de Vergara, y siguió luego aquel accidentado reinado de Isabel II, hasta que vino la revolución de septiembre, y esta señora tuvo que salir de España, encontrándose precisamente en esta tierra, en Lequeitio, cuando tuvo que marchar.

LA SEGUNDA GUERRA

Y empezó a prepararse ya desde entonces la segunda guerra carlista, aquella de que yo, niño, he llegado todavía a ser testigo. Y uno de los recuerdos más vagos que tengo es cuando volvíeron aquí, a la villa, en son de protesta de unas Juntas liberales del Señorío, los apoderados de las villas, protestando—uno de ellos era, me parece, el señor Villabaso—, y se les levantó aquí unos arcos de triunfo y fueron recibidos en medio de una gran aclamación popular. Volvían protestando precisamente del eterno pleito, del sistema de representación proporcional, que hacía que los intereses de los mercaderes, que los intereses liberales, que los intereses internacionales—podríamos decir europeos—fueran sometidos a los sentimientos también a los intereses, pero sobre todo a los sentimientos, del pequeño caserío, que había heredado el espíritu de aquellos que pelearon con los antiguos francos de las villas.

Y entonces, vagamente, fuí traído con esa riqueza que traen las cosas históricas, la historia que se vive, no en enseñanzas concretas, no en doctrinas, sino en leyendas, en canciones, en frases, en anécdotas, en toda una cosa que forma un nimbo; entonces empecé yo a sentir lo que era aquello. Posteriormente, claro está, sobre todo este trabajo sentimental, vino un trabajo de reflexión, vino un trabajo de estudio. Me encariñé con aquella

Toda la correspondencia para EL SOCIALISTA, para el Comité del Partido, para el de las Juventudes y la que se dirija personalmente a los ex diputados socialistas, deberá venir al apartado de Correos 10.036 (estafeta núm. 10). En el caso de no hacerlo así, no respondemos del retraso o los extravíos que pueda sufrir la correspondencia.